

Capítulo 1

— **Y** nunca olvides que el amor verdadero que puedas merecer de una mujer no será el que estás buscando, sino el que no sabías que estabas buscando.

Fue el último consejo que Bruno recibió de su padre tres días antes de cumplir los quince años, cuando esperaba no volver a verle nunca más en la vida. Después de pensarlo unos segundos, el chico respondió con voz casi inaudible: —Ya.

Bruno era un adolescente silencioso y esquivo, agazapado detrás de una timidez estratégica elaborada precozmente. Sus padres, Amador y Ruth, se separaron cuando él tenía nueve años. Se habían conocido en una comuna hippy de Ibiza a mediados de los años setenta, ya talluditos ambos, él con treinta y cinco años y Ruth con treinta y dos, y fue un amor a primera vista, entrañado en la vorágine de los cambios

y las incertidumbres que vivía el país por aquellas fechas. Amador Cano Raciocinio había nacido en Mugía, un pueblo de La Coruña, y se crió en Barcelona, adonde emigraron sus padres en los primeros años cuarenta. Exseminarista y exvendedor ambulante de colchones y de una marca de chocolatinas, en la comuna presumía de unos cursos seminales en la Universidad de Berkeley, daba clases de yoga y de solfeo y tocaba el clarinete. Era un tipo rubicundo, besucón y ocurrente, el colega que cae bien a casi todo el mundo antes de hacer involuntariamente desgraciado a casi todo el mundo. Experto en liturgias pacifistas y mermeladas caseras, las mujeres veían ráfagas de viento y libertad en sus ojos azules, y él propiciaba ese espejismo. Ruth Vélez era una belleza morena sin pulir, de apariencia discreta y sumisa, piel pecosa y mirada lánguida, una mirada que irradiaba fervor sexual sin ella saberlo. Recién separada del dueño de un merendero de Santoña, llegó a Ibiza de la mano de un fotógrafo que la abandonó a los dos meses. Cocinaba deliciosas croquetas que vendía baratas y confeccionaba rosas de lana y vistosos adornos florales con toda clase de telas. Bruno fue un bebé deseado por Ruth, pero no por Amador, y nació en un lecho de flores donde se mezclaban y confundían las rosas de verdad y las rosas de mentira, mecido por canciones de Pink Floyd, ritos contraculturales y aromas de marihuana y de membrillo artesanal.

En el otoño de 1983, orientándose en medio de una evanescente atmósfera cargada de sexo, utopías y humo, Ruth se planteó el futuro de su hijo y el suyo propio. Harta de las descaradas infidelidades de Amador y de sus trapicheos laborales, motivo de continuos sobresaltos y disputas, propuso

una separación temporal para reflexionar. Pensaba irse un par de meses a Barcelona con el niño. Silvia Fisas, una amiga desencantada de la comuna, acababa de abrir una tienda de ropa ibicenca en el barrio gótico y le ofrecía un puesto de vendedora. Amador no se opuso, aunque le pidió aplazar la marcha una semana. Prometía enmendarse. Pero dos días después, una tarde ventosa y con llovizna, se fue en bicicleta a dar una clase de yoga y ya no volvió. Ni al día siguiente ni a la semana siguiente. Entonces Ruth liquidó su pequeño negocio, cogió al niño y se trasladó a Barcelona.

Un año después recibió una postal de Amador desde Marrakech pidiéndole perdón y anunciando su próxima llegada a Barcelona y el deseo de reconciliación. Pero no apareció hasta cinco años más tarde y de paso hacia el Nepal, en cuyos montes de Mustang, según dijo, debía reunirse con una escritora mallorquina de novelas policiacas a la que había dado clases de solfeo y clarinete en una comuna de Tenerife. Era a primeros de junio y explicó que llevaba un mes alojado en una pensión barata del barrio de la Ribera dando clases de yoga tántrico a una cantante mexicana de rancheras. Llevaba la cabeza rapada, vestía túnica azafrán de lama tibetano y cargaba en la espalda una pequeña mochila color caqui y en el pecho un sombrero charro junto con el clarinete. En la mochila podía leerse FENG SHUI escrito con rotulador. Ruth le dijo que estaba dispuesta a perdonarle todo, menos que se presentara ante su hijo vestido de mamarracho.

—¿Cómo puedes decir eso, mujer? —se lamentó Amador—. No nos moverán, ¿recuerdas?

—¿Pero si no has parado de moverte en toda tu vida!

—Si te refieres a que la he pifiado un montón de veces,

sobre todo contigo, lo admito y te pido disculpas. Pero hablo de otra cosa.

—Ah. Otra cosa.

—Hablo de nuestras convicciones, nuestros anhelos...

—Ya. Aquellos anhelos.

—Pues sí. Yo todavía suspiro por los lejanos jardines de Córdoba.

—Ah. De Córdoba.

Ella no le miraba a la cara. Sonreía imperceptiblemente y se miraba las uñas. Amador recordó que eso, que escuchara sus disculpas mirándose las uñas, precedía casi siempre al perdón que no sabía negarle.

—*We shall overcome*, ¿recuerdas, Ruth? —añadió—. Te interesará saber que ya no fumo maría ni apestosos Ideales, soy otra persona en busca de otra persona. O viceversa. ¿Sabes?, he reflexionado sobre el asunto y estoy decidido a licenciarme en budismo. —Mirándola de soslayo, calibrando su estado de ánimo, añadió en tono zumbón—: Está más que demostrado que la reserva espiritual de Occidente no es España, qué más quisiéramos, y tampoco la montaña de Montserrat ni el Barça son la reserva espiritual de Cataluña, así que lo nuestro...

—Ya, bueno, ¿te quedas a cenar? He hecho macarrones.

La inesperada visita fue un trámite desagradable. Bruno no podía entender que su madre recibiera a este hombre como si nada hubiera pasado. Después de saludarle ceremoniosamente, pero con mal disimulada hosquedad, el chico se había encerrado en su cuarto.

Vivían en el entresuelo del número 7 de la calle Congost, en el barrio de Gracia, un piso modesto alquilado a una tía de

Silvia Fisas, la amiga exhippy, en cuya tienda Ruth seguía trabajando y vendiendo sus flores de lana. Bruno, después de estudiar con desgana y poco provecho en un colegio público del barrio, estaba a punto de entrar como aprendiz en una pastelería de la plaza del Sol, cuyo dueño estaba casado con una cliente de Ruth. De momento sería el chico de los recados. Amador dijo que habría preferido que su hijo optara por el clarinete en lugar de la percusión —le estaba oyendo aporrear un tambor en su cuarto—, pero un clarinete en si menor, como el suyo, que exigía un oído privilegiado y una sensibilidad superior. Le mostró a Ruth un avión de papel de diario que dijo haber recogido poco antes en la calle, frente a la casa, y que pensaba llevar consigo al Nepal, porque le traería suerte.

—Mira lo que hay impreso en las alas —agregó—. Lee. «Chocolate negro». Y aquí, mira: «Galletas y bizcochos». ¿Un código secreto? ¿Alguna contraseña? No, querida Ruth, un presagio, una señal del destino. El futuro será dulce. Además, juraría que este pequeño avión lo ha hecho mi hijo, porque aunque es muy tosco, es igual que los que yo le hacía cuando era niño, allá en nuestras queridas playas de Shangri-La, no sé si te acuerdas...

—Para, por favor —musitó ella—. Por favor.

Intentando ocultar la tristeza de sus ojos bajo la mata de pelo ensortijado, Ruth sintió de pronto una oleada de calor y un cosquilleo en la planta de los pies. Estaba en la playa pisando una arena cálida, escuchando el rumor sosegado del oleaje, y apartó los cabellos con la mano y ladeó la cabeza con melancólica flojera en el cuello ofreciendo el rostro a la brisa marina, pero acto seguido vio sus pies descalzos sobre las baldosas del comedor, de modo que se dio la vuelta y se fue con

paso rápido al dormitorio dejando a Amador, al de ayer en la playa como al de hoy aquí, con la palabra en la boca. De los felices días de flores y mieles, ella conservaba la hermosa cabellera rizada y la costumbre de andar descalza por casa. Sentada en la cama, se calzó las zapatillas con cierta premura.

Cuando volvió al comedor, Amador le dijo que tenía la piel preciosa y perfumada como siempre. También le dijo que por favor convenciera a Bruno para que dejara de tratarle de usted y le tuteara, y anunció que antes de irse quería hablar a solas con el chico.

—¿Qué puñeta se propone aporreando ese tambor? —inquirió.

—Nada, supongo. Le gusta.

—¿Y por qué me llama señor Raciocinio en vez de papá?

Ruth reparó en sus mejillas cenicientas, inanes y mal rasuradas.

—Siempre te respetó mucho...

—¿De veras? El asunto tiene sus perendengues. ¿No le has enseñado modales? ¿Cómo se le ocurrió semejante idea?

—No lo sé. Pregúntaselo, está en su cuarto.

—Tendrá que escucharme. Va a cumplir quince años. Todavía soy su padre, todavía soy Amador. O viceversa.

Pródigo en añagazas para eludir responsabilidades, o para endosárselas a otros, en su voz menesterosa anidaba una nostalgia arcádica, un ronroneo en la oscuridad, algo que Ruth aún captaba a su pesar. Para Bruno, sin embargo, nada de eso significaba nada, salvo melindrosas argucias de gorrón. Recordaba el dulzón y persistente olor a membrillo de sus manos, y poco más. De modo que mientras era informado sobre Krishna y los misteriosos avatares de una vida erran-

te en su búsqueda del Atman, el ámbito luminoso donde vive el alma, precisó el señor Raciocinio, mientras escuchaba su perorata decididamente plasta de pie en el umbral del cuarto en actitud desmañada, pero esgrimiendo los palillos del tambor frente al rostro a modo de autodefensa y con los ojos entrecerrados, como sumidos en una invencible somnolencia, en menos de un minuto aquel hombre que pretendía ser su padre se había convertido en un vagabundo pirado, un mangante, un ventrílocuo vendedor de imposturas y patrañas, el superviviente peripatético de algún fracaso o de algún extraño malentendido con el mundo. ¿Por qué mierda quiere saber si ese avión de papel que ha encontrado en la calle lo he hecho yo?

—Ni sé cómo se hacen, señor Raciocinio —alegó.

—Claro que sabes, hijo. Yo te enseñé. —Los ojos anegados de agua azul le miraban con afecto—. Son cosas que nunca se olvidan. Vuelan, pero no se olvidan. Probablemente, cada avión que lanzas al aire, es un sueño que emprende el vuelo...

Me cago en los sueños que vuelan, me cago en todo lo que estás diciendo que vuela, señor Raciocinio, pensó mientras se golpeaba el pecho con los palillos mirando el techo con aire distraído. Su padre se los quitó sin brusquedad, sonriendo, y luego, en un gesto repentino que parecía obedecer más a un desconsuelo que a una efusión cariñosa, tomó su cabeza con ambas manos.

—Volar, flotar, tal vez soñar, he aquí la cuestión —dijo con una flema insidiosa enredada en la voz—. ¿Recuerdas la canción? Por el mar corren las liebres, por el monte las sardinas... Esto no quiere decir que todo el monte sea orégano,

eso no. Pero atentos siempre al retrovisor, ¿eh?, pues hay que saber mirar al pasado si queremos ver el futuro. Porque, aunque no alcances a verlos, hijo mío, los jardines están cada vez más cerca...

Y una puta mierda, cabrón, se dijo él cerrando los ojos. Lo que no se ve, no existe, y lo que sueña un farsante chalado muerto de hambre, todavía existe menos, es pura filfa. Las santurronas manos posadas en su cabeza olían ahora a membrillo casero agriado, y la voz también. De pronto se vio retenido en un pasado por el que no sentía más que incredulidad y desafecto, preso de unas vivencias que se negaba a aceptar, mientras esa voz a la que tampoco podía dar crédito emergía de un paisaje irreal dibujando escenas donde se confundían la ensoñación y la trapacería, lo vivido y lo imaginado. Cantos y guitarras alrededor de fogatas en la orilla del mar, mariposas nocturnas revoloteando entre la humareda, muchachas de muslos dorados con flores en la cabeza. El niño hippy recibe lecciones de clarinete cabalgando a lomos de un delfín, o acunado en una barca llena de membrillos, o correteando desnudo por la playa, o sobre una alfombra de margaritas y amapolas que se extiende desde su casa hasta el mar. El cumpleaños más alegre y concurrido de su madre, croquetas y tarros de mermelada artesanal en el mercadillo de Punta Arabí, y ella sentada detrás del tenderete, sola, llorando. Salmos y meditaciones y su padre caminando desnudo con una larga trenza que serpentea desde la nuca hasta la oscura regatera entre las nalgas. Su colección de camisas floreadas secándose al viento en el tendedero de Arenas Blancas. Sus manos sobre el clarinete moviéndose como dos arañas rubias y peludas...

Ahora, explicándole cómo enamoró a su madre en un

tiovivo, ella cabalgando un tiburón y él una sardina, se oyó un estrépito de loza, un plato o una taza rompiéndose en pedazos contra el suelo de la cocina, y la voz apagada de Ruth, como si hablara consigo misma:

—Mentira.

Sin que se alterase su semblante risueño, mientras miraba los palillos del tambor en sus manos como si de repente no supiera qué hacer con ellos, Amador aguzó el oído por si llegaban más comentarios.

—No pasa nada. En Ibiza siempre se le caía algún plato, ¿te acuerdas?

—No, señor.

—No me llames señor, puñeta. Te decía que tiene flojera en las manos, tu madre.

—Ya.

Le dolía que Bruno no le invitara a pasar a su cuarto, que mantuviera bloqueada la puerta con la espalda y un pie apoyados indolentemente en la jamba, pero lo que más le dolía era que le negara el tuteo y se dirigiera a él por el segundo apellido, tan pretencioso y altisonante.

—En fin, hijo, lo que te he contado es lo que pasó.

—¿De verdad?

—Totalmente. Palabra por palabra.

—Ya.

—Es tu vida. Y no tienes por qué lamentarte ni avergonzarte de nada. Te lo digo yo.

—Ya.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Pues verá, no sabría explicarle. No, en serio. Es que... es que no sé de qué me habla.